

## **(Des)Encuentros anales con la identidad: Explorando los límites de la representación en el movimiento TLGB peruano<sup>1</sup>**

**Giancarlo Cornejo**

Universidad de California, Berkeley  
giancarlofcs@gmail.com

*Este ensayo/manifiesto activista intenta problematizar las nociones de “representación” e “identidad” en los usos cotidianos del movimiento LGBT peruano. Primero, explora la aparición y producción de representaciones políticas gays/lesbianas/transgénero/bisexuales en el Perú, que tienen como particularidad el asumir una posición de enunciación en primera persona plural (un “nosotrxs”). Segundo, intenta visibilizar las tensiones entre las demandas al estado-nación peruano por justicia social, y el carácter esencialmente excluyente, jerárquico y funcional a las relaciones hegemónicas de colonialidad de ese estado. Navega por las tensiones y ambivalencias entre las representaciones políticas LGBT y una historia nacional marcada por el autoritarismo y el centralismo político. Finalmente concluye con una invitación provocadora a seguir radicalizando nuestras apuestas políticas por justicia social.*

Quiero hacer una confesión. Empiezo a escribir este ensayo sobre las nociones de “representación” e “identidad” en el activismo LGTB peruano con miedo, con mucho miedo. Temo que mis palabras sean leídas como “representativas” de un movimiento diverso y complejo; y así caer en la trampa que espero más bien contribuir a visibilizar y cuestionar en estas páginas.<sup>2</sup> También es probable que mi miedo se deba a la posición incómoda que regularmente he ocupado y ocupo dentro de políticas de representación. Nunca he sido considerado un buen representante del activismo TLGB ni de la academia. Para muchxs de mis amigxs activistas soy un académico, y para muchos de mis colegas académicxs no he sido ni nunca seré

nada más que un activista. Hago esta suerte de confesión autobiográfica porque desde el principio quiero reconocer que mis palabras están situadas por diversas matrices de poder como el género/sexo, sexualidad, raza, clase, nacionalidad (acceso o no a la misma), corporalidad, entre otras.

Antes de iniciar este trayecto es necesario problematizar las políticas de representación de la misma noción de movimiento social. La categoría “movimiento social” es pocas veces problematizada. En sus usos más cotidianos es citada y citada, pero por lo general de lo que no caemos en cuenta es que es una categoría generizada, y basada en una dicotomización del género. “Movimiento” o “activismo” en oposición a “inercia” y “pasividad”. Estas últimas nociones atribuidas ampliamente a los cuerpos de mujeres y de personas no heterosexuales, mientras que las primeras a las de cuerpos de hombres heterosexuales. En ese sentido la dicotomización que puede reforzar la idealización de la noción de movimiento corre el riesgo de condenar a la inmovilidad y estancamiento a ciertos cuerpos. Es más, el alineamiento entre ciertas identidades y la noción de movimiento, puede servir para construir esencias identitarias inmóviles y estáticas.

Esta dicotomía sostiene otra falsa creencia, bastante perjudicial para cualquier crítica a las normas hegemónicas. Me refiero a la suposición hartamente generalizada que afirma laxamente que estos movimientos están llamados a emancipar a las masas colonizadas. Y ciertamente ése no es el caso. El peligro al que aludo es el de arribar a la conclusión de que los movimientos sociales (y lxs activistas que los conforman) han escapado a las relaciones de poder a las que se oponen. Así nuestras prácticas, métodos, epistemologías renuncian a la capacidad de crítica, de autocrítica, necesaria para no naturalizar relaciones de opresión.

Teniendo estas consideraciones en cuenta es que iniciamos este trayecto. Un trayecto lleno de desvíos. Primero, exploro la aparición y producción de representaciones políticas gays/lesbianas/transgénero/bisexuales en el Perú, que tienen como particularidad el asumir una posición de enunciación en primera persona (un nosotrxs). Segundo, intento visibilizar las tensiones entre las demandas al estado nación peruano por justicia social, y su historia y carácter esencialmente excluyente, jerárquico y funcional a las relaciones hegemóni-

cas de colonialidad. Reconstruyo ciertas tensiones y ambivalencias entre las representaciones políticas LGTB y una historia nacional marcada por el autoritarismo y el centralismo político. Finalmente concluyo con una invitación provocadora a seguir radicalizando nuestras apuestas políticas.

## I

Cuando en los primeros años de la década de 1980 se funda el Movimiento Homosexual de Lima (MHOL), una de las principales aristas de reivindicación era precisamente el derecho a usar la primera persona singular (yo) y plural (nosotros) para hablar de, sobre y desde la homosexualidad.<sup>3</sup> Este esfuerzo no es poca cosa; y sigue siendo una labor por realizar que potencialmente puede cuestionar algunos de los principales mecanismos de poder de la homofobia.

Similar fue el esfuerzo (y probablemente más corajudo) que motivó la formación del Grupo de Autoconciencia Lesbiana Feminista (GALF), que en primer lugar demandaba visibilidad. Una demanda talvez carente de sentido desde perspectivas masculinistas gays que dan por sentada la visibilidad de sus cuerpos en espacios públicos, y que de hecho constituye uno de los efectos más crueles de la homofobia: convertir nuestros cuerpos en espectáculo para una mirada heterosexual. Por eso mismo creo necesario resaltar la pertinencia de esta demanda lesbiana que primero cuestionaba el “nosotros” del activismo gay que naturaliza(ba) su enunciación como masculina, y que ponía su acento en la sistemática invisibilidad con la que los cuerpos de mujeres lesbianas eran castigados. Si ser maricón era y es lo peor que puede ser un hombre, ser lesbiana ni siquiera parecía una opción posible para una mujer. Este no fue el único “nosotros” que ese activismo lesbiano relativamente separatista cuestionó: también denunció muchas veces desde dentro la insensibilidad y total ceguera de los partidos de izquierda en sus diversas versiones, una ceguera que hacía del sujeto revolucionario uno esencialmente masculino y planteado como universal, y hacía de la noción de “colectividad” una máscara con que cubrir y naturalizar los privilegios que la masculinidad y la heterosexualidad (sumada a otros vectores de poder) pueden otorgar. Pero hay otro “nosotros”, o mejor dicho un

“nosotras” que este activismo lesbiano cuestionó. Y es el “nosotras” del movimiento feminista. Un “nosotras” muy importante en la visibilización y construcción de un vocerío público opuesto a los discursos misóginos y androcéntricos hegemónicos, pero que también invisibilizó sus deudas a la heterosexualidad y a los privilegios de clase que muchas de sus militantes tenían.

Decir que estos diversos “nosotros” fueron cuestionados por este activismo lesbiano de los ochenta no quiere decir que sus vínculos y discrepancias con esos espacios/actores sociales eran los mismos. De hecho, es muy importante resaltar la estrecha relación afectiva, laboral, militante y política de estas activistas lesbianas con el movimiento feminista peruano. Fue frente al “nosotras” del activismo feminista que agrupaciones como el GALF encontraron interlocutoras menos hostiles a sus demandas y críticas.

Así también podemos empezar a deconstruir la naturalidad con que pensamos la emergencia del activismo TLGB, ya que los sujetos que supuestamente designa o “contiene” dicho activismo no están juntos (ni han sido reunidos) de manera natural y sin tensiones. De hecho, el activismo lésbico y el activismo gay en la década de los ochenta muchas veces se definieron en oposición mutua o por lo menos como independientes uno del otro. Las primeras estrecharon alianzas con el movimiento feminista, del cual muchas de sus militantes habían formado y formaban parte. Mientras que los segundos hallaron espacios más habitables en ciertos grupos de izquierda, en espacios de socialización sexual e incluso en la academia.

A lo largo de la década de los 90 los colectivos gays y lesbianos en Lima estrecharon vínculos. Esto talvez porque la universalidad con la que la categoría “mujer” era planteada desde ciertos espacios feministas invisibilizaba cualquier deseo no heterosexual o cualquier identificación no femenina. Esto también porque varias activistas hicieron un muy valioso trabajo de concientización en espacios como el MHOL de las prácticas y discursos misóginos institucionalizados. Vale recordar que una destacada activista lesbiana fue la presidenta del MHOL a inicios de esa década. De nuevo, estos desplazamientos estuvieron marcados por tensiones. Tensiones que hicieron visible que ser una lesbiana feminista no era lo mismo que ser una feminista lesbiana, ni que una lesbiana independiente (del movimiento feminista o del movimiento gay).<sup>4</sup> Aunque, estas categorías podían

superponerse como las militancias y tránsitos múltiples de varias activistas lesbianas grafican.

Estas tensiones plantean la necesaria pregunta ¿quién es el sujeto de activismo LGTB? Creo que es de vital importancia reivindicar una de las primeras contribuciones de ese activismo lesbiano: su necesaria crítica a un abstracto sujeto masculino del activismo LGTB. Estas tensiones se exacerbaban cuando a inicios de la década del 2000 otras voces cuestionaron la naturalización del género que el sujeto del activismo homosexual y también lesbiano muchas veces reproducían (y reproducen). Cuando las activistas travestis, transgénero y transexuales empezaron a hablar en primera persona y a diferenciarse de lxs homosexuales también se cuestionó cómo un énfasis exclusivo en la sexualidad puede invisibilizar la virulencia reaccionaria contra los géneros que no encajan en la heteronormativa dicotomía hombre/mujer.<sup>5</sup>

El activismo travesti/transgénero también cuestiona la sencillez con que la oposición global/local es sostenida. La categoría “transgénero” fue producida en un contexto occidental bastante reciente, en la década de 1990, y se extendió bastante rápidamente.<sup>6</sup> Estos esfuerzos de traducción global-local obviamente son sujetos de múltiples reapropiaciones. Por ejemplo, la categoría “travesti” no es lo mismo en varias ciudades latinoamericanas a lo que significa en varias ciudades europeas (y sin duda al interior de las mismas hay diferencias). Esto debería hacer explícito que las categorías “gay”, “lesbiana”, “trans”, “bisexual” (como toda categoría identitaria) son categorías con historias, e historias múltiples, y que muchas veces entran en competencia con otras categorías “más locales” como marica, machona, mostacero, flete, pato, traca, puta, chito, marimacho, entre otras. Las tensiones y relaciones entre estas categorías tienen que por lo menos intentar ser pensadas porque de lo contrario se puede contribuir a la borradura del último grupo de categorías y con ello a los cuerpos que aluden.

La categoría “transgénero” además hace explícita la estrechez entre demandas activistas y producciones académicas, ya que la emergencia de dicha categoría también se vio influida por la de campos de estudios de género y sexualidad y de la teoría queer que

hacen del género (y de la heterosexualidad) un problema político y epistémico y no un dato descriptivo.

En esta breve reconstrucción de los inicios del activismo BLGT peruano yo también he caído en la “trampa” de la representación. He construido una suerte de colectivos coherentes llamados “activistas gays”, “activistas lesbianas”, y “activistas travestis”. Lo que quiero que quede claro es que estos activismos estaban (y están) formados por personas con múltiples diferencias y discrepancias. Por ejemplo, el activismo gay que fundó el MHOL también estaba cruzado por jerarquías de clase, por diferencias políticas (derecha/izquierda, normalización/subversión), pero también por discrepancias en torno a qué consistía lo “político”. A este respecto es importante mencionar la existencia previa y paralela de grupos artísticos sobre todo de teatro que hacían crítica social en las tablas limeñas. De la misma manera, las activistas lesbianas del GALF también tenían discrepancias políticas, por ejemplo: en cómo definir al sujeto lesbiano, en qué vínculos establecer con el feminismo, en las relaciones con los activistas gays, en el rol de la maternidad y la familia, en los vínculos con organizaciones como partidos políticos u ONG’s, en la participación o no de mujeres jóvenes, etc. Y el activismo trans por su parte también debate a su “interior” nociones (tanto esencialistas como constructivistas) de identidad, la relación entre agendas políticas transexuales y travestis, el lugar del trabajo sexual, la relación con colectivos gays, lesbianos y feministas. Todos estos lugares han estado y están llenos de tensiones, y sería incorrecto e injusto silenciar estas diferencias en nombre de cierto pragmatismo político o académico.

En esta sumatoria de letras o sopa de letras, como irónicamente Regina Facchini (2005) la llama, lo que muchas veces se asume, creyendo que así se escapa a versiones totalitarias de la identidad, es que no hay un sujeto de ese activismo GLTB, sino cuatro (uno gay, uno lesbiano, uno trans y uno bisexual) que se unen estratégicamente para acciones colectivas. La inclusión del cuarto y siempre último, y muchas veces silencioso (o silenciado) sujeto del activismo TLGB, el bisexual, da cuenta de la violencia que acompaña tamaña reducción. La bisexualidad es colocada como una de esas identidades que merece representación, pero paradójicamente ese lugar es constantemente deslegitimado por nociones esencialistas de la identidad gay y lesbiana, que construyen al cuerpo bisexual como uno carente

de conciencia (sino de clase por lo menos) sexual y como beneficiario de los privilegios de la heterosexualidad que su siempre “ambigua” posición le permite.<sup>7</sup> Como categoría la bisexualidad también cuestiona la transparencia de las categorías identitarias.

Esta lógica aditiva de identidades representativas corre otro riesgo y es el de reificar las categorías identitarias a las que alude. Esta política representativa BLGT demanda para participar en ella ubicarse en una de las letras (que idealmente corresponden a ciertos cuerpos e identidades). La consigna parece ser “dime qué letra eres, y te diré quién eres”. Evidentemente, las subjetividades son mucho más complejas que cualquier categoría identitaria, pero en este gesto hay una demanda por afiliaciones identitarias monogámicas. Si eres gay, no eres travesti. Si eres lesbiana, no eres bisexual. Si eres travesti, no eres transexual. ¿Pero acaso nuestras identidades no transitan mucho más promiscuamente? ¿Acaso nuestras identidades no son poligámicas? ¿Qué pasa con personas que se identifican con más de una de estas categorías a la vez? ¿Y qué pasa con los sujetos y cuerpos que carecen de alguna letra que les de un marco de reconocimiento?

Esta política aditiva de las identidades supone además que el género y la sexualidad no tienen muchas conexiones, que son dos mecanismos de poder radicalmente diferentes. L(esbianas), G(ays) y en mucha menor medida B(isexuales) solo tendrían que preocuparse por políticas sexuales progresistas y por habilitar formas de erotismos abyectizados por la matriz heterosexual. Mientras que solo, y ese solo es importante, lxs T(ransgéneros) tienen problemas con el género. Esto es un problema porque el género y la sexualidad son separables analíticamente, pero no hay cuerpo generizado sin sexualidad, ni cuerpo sexualizado no generizado. Es decir, no todxs lxs gays, lesbianas, bisexuales estamos eufóricamente felices con las rígidas políticas de género que mutilan nuestras posibilidades identificadoras; ni las personas trans son solo géneros desexualizados.<sup>8</sup>

Talvez estoy siendo injusto. Talvez en estos discursos las identidades son usadas de manera más estratégica, y no necesariamente como un reflejo transparente de una interioridad soberana y coherente. Aquí, sería pertinente hablar del esencialismo estratégico que postula Gayatri Spivak (1988). Este esencialismo es estratégico porque no basa sus alianzas en identidades inmóviles sino en efec-

tos del uso performativo de identidades y de la acción colectiva. Sin embargo, siempre hay que preguntar ¿para quiénes ciertas prácticas activistas son estratégicas?, ¿quiénes son más bien instrumentos de estrategias?, y ¿cuándo y dónde lo “estratégico” termina? Estas últimas preguntas son importantes teniendo en cuenta que en nombre de diversas estrategias casi por norma general las demandas de reivindicación de derechos para personas y colectivos LGTB son postergados, invisibilizados, cuando no negados y rechazados abiertamente.

## II

Uno de los móviles de acuerdo entre activistas gays y lesbianas (de nuevo entre lxs activistas más visibles de estas organizaciones) era el de buscar modificatorias legales. Básicamente se buscaban modificaciones a la Constitución. En ese sentido, este deseo por reconocimiento de derechos civiles tuvo el importante mérito de unir colectivos que más bien tenían importantes discrepancias y diferencias. Así, gays y lesbianas tuvieron que articular alianzas. No quiero restarle ningún crédito a eso.

Además, el producir modificatorias legales también era intentar apostar por la construcción de una ciudadanía homosexual y lesbiana que fuese sujeto de derechos, y disputar así la construcción de la homosexualidad como el exterior constitutivo de la noción de “peruanidad”. Pero allí es donde empiezan a aparecer ciertas aporías que no son problematizadas.

Primero, esta obsesión con los derechos legales buscaba otorgar derechos legales a “sujetos” que aun no existían, y que mas bien eran violentados y suprimidos por el mismo aparato estatal al que se pedía reconocimiento. Vale recordar el escepticismo de Michel Foucault (1976) con los regímenes modernos de disciplina. Desde una lectura paranoica se podría afirmar que el estado otorga ciertos derechos para administrar, vigilar y (castigar) a poblaciones. Ningún derecho nos lo otorgan gratis, las pocas veces que los conseguimos nos cuestan sudor, sangre y lágrimas. Pero, ¿todo el esfuerzo siempre vale la pena?

Segundo, el estado peruano sigue excluyendo basado en el género, sexualidad, raza, clase, o la lengua a poblaciones. Hay muchos

espacios geográficos en los que no existe estado, y que más bien su exclusión es una condición de la existencia de ese estado en cuestión. Las modificatorias legales hipotéticas tampoco van a cuestionar las formas en que diferentes matrices de poder se interconectan y que posicionan a sujetos en el borde de lo humano. Basta recordar que puede haber legislación que promueva la participación política de mujeres, pero también resulta evidente que estas leyes no cambian la misoginia y el androcentrismo de la política de manera automática. Aquí es pertinente el argumento de Wendy Brown en *States of Injury* (1995) para quien el sujeto de derechos de los estados liberales modernos es masculino y heterosexual, y que aun las expansiones hipotéticas de derechos legales terminan sometiendo más a las mujeres. En su lectura no solo debemos demandar al estado que nos incluya, sino que también debemos aspirar a modificarlo estructuralmente y al sujeto (masculino heterosexual) de derechos que presupone.

Tercero, las demandas de derechos no son las mismas, y algunas son de una urgencia impostergable. Aunque decir eso es mucho más fácil que determinar y acordar cuales son aquellas. Conseguir estos derechos es de vital importancia. Hay vidas que pueden salvarse a raíz de este reconocimiento, pero también hay muchas que con o sin ese reconocimiento legal no van a ver cambios en su futuro, porque talvez la misma posibilidad de un futuro (por la precariedad a las que han sido condenadas) les resulta un lujo que no pueden darse.

Aquí vale la pena citar una de las coyunturas que ha tenido más efectos en la reorganización y rearticulación de demandas por parte de colectivos lésbicos en Lima. Me refiero a la aprobación de la Ley de Igualdad de Oportunidades entre Mujeres y Hombres. El 8 de Marzo del 2007, durante el conservador gobierno de Alan García, el congreso peruano aprobó dicha ley, pero excluyendo sistemáticamente los términos “orientación sexual” y diversidad sexual”. Vale resaltar que en el proyecto de ley original presentado por la congresista Hilaria Supa estos términos sí figuraban, y figuraban por el trabajo sostenido de diversas organizaciones y activistas lesbianas y LGTB en general.

Si este hecho tuvo repercusiones mayores se debió a las organizaciones y movimientos que terminaron sumándose a las celebraciones por la aprobación de esta ley, y a la celebración del gobierno del Partido Aprista. De hecho, para muchas activistas lesbianas

una de las cosas más dolorosas y decepcionantes de este proceso fue que mientras ellas lanzaban manifiestos y organizaban actividades públicas de denuncia, muchas organizaciones y ONG's feministas decidieron sumarse acríticamente a estas celebraciones pro-Estado, y así invisibilizar y negar cualquier legitimidad de los reclamos de los colectivos lesbianos. Es más, varias activistas lesbianas afirman que algunas ONG's feministas asumieron un rol tutelar mediante el que llamaban la atención a las activistas lesbianas por poner como prioridad sus reivindicaciones "particulares". Esto para muchas activistas fue una traición de alianzas y acuerdos previos e históricos.

Gonzalo Portocarrero nos recuerda que la república peruana le plantea a los sujetos peruanos un dilema: "Un olvido a cambio de una promesa" (2007: 22). Un olvido de las exclusiones perpetradas por el Estado, a cambio de una promesa de inclusión y de ciudadanía. Las activistas lesbianas citadas anteriormente decidieron no olvidar. Pero eso es un enorme inconveniente para políticas identitarias que están dispuestas a aceptar esa promesa, aun frente a las muchas pruebas fehacientes que muestran una resuelta carencia de voluntad de ese estado-nación por cumplirla.

### III

Quiero hacer eco de la invitación a no olvidar de esas activistas lesbianas en otro contexto, el de las políticas en torno al VIH/SIDA. Allí veremos cómo ciertas políticas identitarias y su deseo por (ser deseado) por el estado peruano tienden a borrar memorias de violencia y exclusión. Espero así cuestionar un supuesto consenso de un activismo GLBT de cara al estado peruano, que parece perfecto en y para tiempos neoliberales. Mi escepticismo puede resumirse en las siguientes preguntas: ¿Por qué en muchas discusiones y prácticas contemporáneas en el activismo LGTB peruano muchas historias de violencia estatal parecen haber sido suprimidas? ¿Qué nos hace creer que el Estado Nación Peruano ahora nos tratará como humanos? ¿Qué nos hace creer que el Estado Nación Peruano ahora es un aliado?

Con los financiamientos de la "cooperación extranjera" –alrededor de la mitad de la primera década del 2000– que giran sobre

todo al SIDA/VIH se construyen redes de articulación a nivel nacional que no existían previamente. Así, tiene lugar una dura crítica al centralismo político de las organizaciones LGTB limeñas que se verán cuestionadas, interpeladas o rechazadas por voces que hasta hace unos años eran suprimidas. En ese sentido, el financiamiento de este tipo ha colaborado a democratizar accesos a espacios de debate en comunidades LGTB. Sin embargo, esa no es toda la historia. Estas prácticas de descentralización a la vez que han cuestionado una herencia centralista siguen reforzando varios de sus presupuestos. Por ejemplo, el financiamiento es concentrado en organizaciones limeñas que luego distribuyen estos recursos, y en estas decisiones de nuevo se reitera el histórico centralismo político limeño. Pero no solo eso, sino que existe un riesgo enorme de clientelizar a poblaciones mediante estos mecanismos de descentralización. Es cierto, más voces participan, pero ¿en qué términos?

Estas preocupaciones reflejan cierto miedo (bastante bien fundado) de muchxs activistas a la absorción del activismo a instituciones, demandas y economías reaccionarias. Absorción<sup>9</sup> que ciertamente ha tenido y tiene lugar en la relación entre colectivos, ONG's, Estado y "cooperación internacional". Muchxs activistas denuncian, por ejemplo, que ciertos activistas dejan de serlo y se convierten en trabajadores de una ONG, del Estado, o incluso de la "cooperación internacional". Aquí solo quisiera agregar que precisamente ese es el riesgo que se corre cuando los discursos de representación se superponen a una historia autoritaria. Pese a sus muchas contribuciones muchos activistas terminan siendo funcionales a jerarquías organizativas, y talvez aun peor terminan muchas veces legitimando a organizaciones o instituciones que históricamente han discriminado a las comunidades GLBT.

Sin duda, los esfuerzos de reducir el impacto en la salud y en accesos de diversa índole causados por el status positivo o negativo de VIH son muy valiosos. De ellos dependen el acceso a antiretrovirales, a tratamientos dignos, a la posibilidad de prolongar el tiempo de vida. Es incuestionable que esta descentralización de activismos a niveles regionales ha posibilitado espacios de disputa antes inexistentes. Ahora, activistas pueden denunciar la homofobia y transfobia en diversos niveles e instituciones del Estado peruano. Y hay que resaltar que aun cuando algunxs activistas y colectivos TLGB

reciben financiamiento para objetivos específicos, varixs de ellxs son capaces de desacatar. Esa desobediencia muchas veces redundo en la organización de espacios, actividades y fines colectivos que no están regidos por las lógicas de las organizaciones financieras, y que más bien giran en torno a demandas y necesidades que sienten más urgentes o menos visibles.<sup>10</sup>

Sin embargo, tampoco hay que olvidar que mucho de este interés estatal y de otras instituciones por contribuir a la reducción de las tasas de VIH/SIDA es tributario de una herencia cultural homofóbica que no tuvo ningún problema en ver morir a cientos de sujetos gays y transgénero, pero que al mismo tiempo solo empezó a actuar cuando sintió que su posición heterosexual estaba amenazada. Es decir, muchas de estas iniciativas más que preocupadas por las poblaciones TLGB están preocupadas con qué nuestros cuerpos puedan expandir el VIH/SIDA a sectores heterosexuales de la población que “naturalmente” no deberían verse expuestos al virus.

A este respecto el uso constante de la categoría “poblaciones vulnerables” es bastante sugerente. Esta categoría es postulada por diversas instancias estatales, de ONG’s y la “cooperación internacional”, y sirve como carta de presentación de activistas GLBT en el espectro de las políticas públicas relativas al VIH/SIDA. Es más en ese contexto la categoría “poblaciones vulnerables” eclipsa cualquier otra categoría identitaria sexual o de género y es convertida en un sinónimo de las mismas. Es por ello mismo que hay varios problemas con esta categoría.

Primero, la categoría “poblaciones vulnerables” postula la vulnerabilidad como posesión exclusiva de ciertos sujetos marcados sexualmente. Aunque, reconocer la vulnerabilidad y precariedad de la vida de diversos sujetos y comunidades LGTB es muy importante, convertir esta vulnerabilidad en la esencia natural de ciertos sujetos y colectivos naturaliza las formas en que esa vulnerabilidad ha llegado a cimentarse. Esta vulnerabilidad es definida además como perteneciente al espacio privado, y privado por sexual, de cada persona. Esta vulnerabilidad así es definida como apolítica o previa a lo político. Que duda cabe que esta clase de políticas supone que hay sujetos vulnerables por un lado, y por otro lado sujetos íntegros, completos y sin marcas de ningún tipo.

La vulnerabilidad puede ser también pensada más que como una pertenencia exclusiva a ciertos cuerpos, como una forma de vínculo que asemeja potencialmente a todos los cuerpos –como el reciente trabajo de Judith Butler (2006, 2009) da cuenta. El dolor causado por las muertes de amigxs, amantes, compañerxs en el contexto de la epidemia podría ser también un histórico momento para aprender, para caer en cuenta lo vulnerable de los cuerpos y vidas humanas. Las consecuencias homofóbicas de la concentración de la epidemia en ciertas poblaciones podrían haber sido la excusa para discutir el VIH/SIDA y sus efectos en términos más complejos y relacionales. Lamentablemente, muchos de los esfuerzos de cooperación estatal, de ONG's y activistas han terminado reificando una lógica asistencialista que lejos de cuestionar la hegemonía de la heteronormatividad, contribuye a legitimarla haciéndola parecer más benigna.

Segundo, el discurso de “poblaciones vulnerables” incluye varios sujetos y colectivos: gays, travestis, trabajadoras sexuales, población carcelaria, usuarios de drogas intravenosas. Este es un esfuerzo que me parece rescatable porque podría visibilizar formas comunes de opresión a diversas poblaciones, y posibilitar la creación de alianzas de diversa índole antes impensables. Aunque vale aclarar que esta potencialidad es minimizada por los mismos mecanismos estatales que evitan tajantemente enmarcar las políticas de salud relativas al VIH/SIDA dentro de reivindicaciones más amplias por el acceso a la salud como un derecho universal. Además, la categoría “poblaciones vulnerables” excluye a muchas comunidades y sujetos que también son vulnerables o que han sido vulnerabilizados. Así, la misma categoría vulnera, por ejemplo, a las mujeres lesbianas. Cuando todo el activismo LGTB gira en torno al VIH/SIDA se excluye radicalmente a las demandas de colectivos lesbianos. Aunque, es claro que algunas pocas activistas lesbianas pueden ser parte de estas mismas estructuras organizativas, ellas son ciertamente un grupo muy minoritario. Y por supuesto, habría que hacer visible que hay muy pocas investigaciones sobre las tasas de incidencia de VIH en mujeres lesbianas, y que se asume que cualquier mujer que contrae el VIH de un hombre es heterosexual. Esos son temas importantes: las mujeres lesbianas también pueden infectarse de VIH. Sin embargo, su “grado” de riesgo no debería ser el requisito *sine qua non* de su participación en la esfera pública y el debate político.

Y si esta agenda en torno al SIDA excluye a las activistas y mujeres lesbianas se corre un riesgo aun más grave con personas y comunidades aun más invisibles: como los transgéneros masculinos o las personas intersexuales. Y aquí de nuevo hay una paradoja: Esta agenda en torno al SIDA cuestiona las prácticas y discursos homofóbicos de intervenciones médicas y estatales. Sin embargo, es incapaz de extender estas críticas a por ejemplo el trato inhumano y vejatorio que reciben las personas con genitales y cuerpos leídos como ambiguos. Es decir, las críticas al biopoder médico estatal en lo referido al SIDA (aun cuando son bastante moderadas) no se han convertido en un puente que vincule críticas a diversas formas de violencia, disciplinamiento y patologización.

#### IV

En este ensayo/manifiesto no estoy argumentando por la simple destrucción de identidades, y menos de las identidades LGTB. ¡Ya suficientes enemigos tenemos! El “nosotrxs” BLGT en ciertos contextos y con ciertas reservas es necesario, pero en otros no lo es. Dicho de otra forma: ese “nosotrxs” no debe ser construido como un naturalizado punto de partida. Tampoco estoy argumentando por la supresión de un particular objeto de deseo de ese “nosotrxs” GLTB, el estado. En el Perú contemporáneo los únicos actores que militan activamente para dismantelar o destruir al estado son las elites económicas y los partidos políticos de (extrema) derecha. Sí estoy argumentando contra ciertas restrictivas políticas de la identidad y del deseo, y por supuesto que creo que habría que explorar placeres políticos más perversos<sup>11</sup> que complejicen el campo visual y político contemporáneo. Así, y para empezar, si el activismo TLGB peruano está enfrascado en un activismo “de cara” al estado, habría que empezar a pensar más bien en nuestras relaciones con y por el culo del estado. Tal vez esos vínculos culeados puedan rescatar algo del espíritu rebelde que nuestras luchas demandan. Y si como argumenta Guy Hocquenghem (2009) el culo es un borde que amenaza con diluir las fronteras del mundo heterosexual, quizá sea hora de habitar de maneras más placenteras y productivas esas fronteras.

## NOTAS

1. Este ensayo fue escrito entre finales del 2010 e inicios del 2011 en el marco del proyecto de investigación "La diversidad sexual en movimiento" que realicé junto a Marten van den Berge. Este proyecto fue financiado por el *International Institute of Social Studies* (ISS) de la *Erasmus University Rotterdam* y por el *Humanist Institute for Development Cooperation* (HIVOS), y contó con el apoyo institucional del Programa Democracia y Transformación Global (PDTG). Agradezco por sus comentarios a previas versiones de este trabajo a Marten van den Berge, Violeta Barrientos y Renata Hiller.
2. Evitar caer en esta trampa puede ser aun más difícil al reconocer que, como argumenta Linda Alcoff (1992), "hablar por" y "hablar de" no son nítidamente diferentes.
3. En 1983, cerca de un año después de la fundación del MHOL, apareció el grupo gay Acción para la Liberación Homosexual (ALPHO), que tuvo una vida relativamente corta (Mogrovejo: 2000, 308)
4. Sobre estos debates en movimientos lésbicos latinoamericanos ver Mogrovejo (2000) y Espinoza (2007). Trujillo (2008), aunque sobre el movimiento lésbico español, elabora una importante perspectiva que busca afirmar las diferencias al interior de estos colectivos. Y Vargas (2008) hace un aporte significativo al señalar tanto las tensiones en el feminismo peruano y latinoamericano, como sus posibles puntos de encuentro en un proyecto amplio de democracia radical.
5. Es importante mencionar que aunque los colectivos activistas trans empezaron a organizarse públicamente a inicios del 2000, la primera manifestación pública de protesta de colectivos no heterosexuales fue protagonizada por travestis en Noviembre de 1978 frente al Congreso del Perú (Campuzano 2008: 117-118).
6. Sobre este punto ver Valentine (2007).
7. Cabe mencionar que durante un periodo relativamente corto a mediados de la primera década del 2000 el colectivo de personas bisexuales REBIS participó de diversas manifestaciones activistas.
8. Dicho esto, es importante resaltar que el género y la sexualidad aun cuando están estrechamente vinculados, no entablan una relación de causalidad. Ningún género tiene como consecuencia inevitable alguna sexualidad específica, ni viceversa.
9. Como propone Sonia Alvarez (1998), el término absorción (frente al de cooptación) implica cierto margen de agencia y talvez es más preciso para describir estos complejos procesos.
10. Hechos como estos respaldan uno de los argumentos principales del libro *Queering the Public Sphere in Mexico and Brazil* (2010) de Rafael de la Dehesa. Para el mencionado autor, hablando de la experiencia en Brasil y México, las instituciones estatales y el trabajo con y desde ellas han brindado importantes posibilidades para los movimientos LGTB de ambos países.
11. Una reivindicación teórica de deseos perversos puede verse en de Lauretis (1994).

## BIBLIOGRAFÍA

- ALCOFF, Linda. "The Problem of Speaking for Others". En: *Cultural Critique*, n. 20, p. 5-32, 1992.
- ALVAREZ, Sonia E. "Latin American Feminisms "Go Global": Trends of the 1990s and Challenges for the New Millennium". En: ALVAREZ, Sonia; DAGNINO, Evelina; Escobar, Arturo (Eds). *Cultures of Politics / Politics of Cultures: Re-visioning Latin American Social Movements*. Boulder: Westview Press, 1998. p. 293-324.
- BROWN, Wendy. *States of Injury: Power and Freedom in Late Modernity*. Princeton: Princeton University Press, 1995.
- BUTLER, Judith. *Frames of War: When Is Life Grievable?* Londres: Verso, 2009.
- \_\_\_\_\_. *Vida precaria: El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- CAMPUZANO, Giuseppe. *Museo Travesti del Peru*. Lima: Giuseppe Campuzano (editor), 2008.
- DE LA DEHESA, Rafael. *Queering the Public Sphere in Mexico and Brazil: Sexual Rights Movements in Emerging Democracies*. Durham: Duke University Press, 2010.
- DE LAURETIS, Teresa. *The Practice of Love: Lesbian Sexuality and Perverse Desire*. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press, 1994.
- ESPINOSA, Yuderkys. *Escritos de una lesbiana oscura: Reflexiones críticas sobre feminismo y política de identidad en América Latina*. Buenos Aires y Lima: En la Frontera, 2007.
- FACCHINI, Regina. *Sopa de letrinhas? Movimento homossexual e produção de identidades coletivas nos anos 90*. Rio de Janeiro: Garamond, 2005.
- FOUCAULT, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1976.
- HOCQUENGHEM, Guy; PRECIADO, Beatriz. *El deseo homosexual / Terror anal*. España: Melusina, 2009.
- MOGROVEJO, Norma. *Un amor que se atrevió a decir su nombre: La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina*. México: Plaza y Valdés, 2000.
- PORTOCARRERO, Gonzalo. *Racismo y mestizaje y otros ensayos*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2007.
- SPIVAK, Gayatri Chakravorty. *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*. Nueva York: Routledge, 1988.
- TRUJILLO, Gracia. *Deseo y Resistencia. Treinta años de movilización lesbiana en el Estado español (1977-2007)*. Barcelona y Madrid: Egales, 2008.
- VALENTINE, David. *Imagining Transgender: An Ethnography of a Category*. Durham: Duke University Press, 2007.
- VARGAS, Virginia. *Feminismos en América Latina: Su aporte a la política y a la democracia*. Lima: Programa Democracia y Transformación Global, 2008.